

les, no meras fantasías o locuras, pues el loco a poco andar confunde los dos reinos, el de lo real y el ideal; para él, lo ideal permanece a través de los cambios, su realidad está ahí, ora agazapada, ora manifiesta y patente. De aquí la necesidad, la urgencia y utilidad de la sagrada ley de caballería. Así dice el bachiller que en su oficio y ejercicio anda por el mundo enderezando tuertos y desfaciendo agravios, y que no pudo dejar de cumplir con su obligación acometiéndolos. Por eso persiste en la idea de que el Maligno que le persigue, envidioso de su gloria, torna los escuadrones enemigos en manadas de ovejas y a los gigantes desafortunados en molinos de viento.

No se debe confundir, su tristeza, con ese estado de ánimo que nace de la decepción, de la quiebra del mundo en torno, vale decir, del fallo que dan las cosas cuando no son lo que deberían ser. Para nuestro caballero las cosas no cambian de sustancia, pero cambian sí de forma. Está prevenido contra estas transmutaciones, por otra parte tan frecuentes en la historia real y verdadera de los más renombrados caballeros. Su tristeza es más honda; es una melancolía que añora la Edad de Oro de la caballería, cuando al indomable empuje de los héroes caían por el suelo hechas pedazos las vanas apariencias tras de las cuales se encubrían las fuerzas malignas que andan por el mundo trastrocando engañosamente la nuda consistencia de los seres. Es en definitiva la pena que todos sentimos alguna vez de no llegar a la entraña de lo real, de lo permanente e inmutable para eternizarnos y substraernos de este torbellino anulador de nuestras más caras esperanzas, de nuestras más nobles aspiraciones. Pena de ángeles caídos, saudades de Dios y de empero que pugnan por aprehender en el minuto y en la hora vivida una gota quintaesenciada de ideal felicidad, de victoria suprema sobre la nada, sobre el mundo y las potestades del mal.

GLOSA XI

EL YELMO DE MAMBRINO

EL capítulo veintiuno del Ingenioso Hidalgo, trata de la alta aventura y rica ganancia del yelmo de Mambrino, con otras cosas sucedidas a nuestro invencible caballero. Alta aventura y rica ganancia, subraya intencionalmente Cervantes, como que en ella estuvo a pique de perder la cabeza su héroe por poco menos que una bacía de barbero, la cual se le antojó ser el famoso yelmo de Mambrino, "pues todas las cosas que veía con mucha facilidad las acomodaba a sus desvariadas caballerías y malandantes pensamientos".

Es condición del que sueña no reparar nunca en la consistencia y solidez de este mundo. Soñar es, para unos, vivir de espaldas a la luz del sol, sumergidos en esa a manera de penumbra interior a través de la cual fluye otra realidad, otras formas y colores, que suelen ser más atrayentes y cautivadores. Para otros soñar es encontrarse viviendo a la luz del sol, sentir y palpar una realidad huidiza y engañadora a través de las oscuras sombras de lo corpóreo y material. Soñar es, para una tercera clase de hombres, el afán, el quehacer propio de la vida humana; peligroso quehacer, por otra parte, si se toma como fin en sí mismo —y esta es la moraleja de la obra de Calderón "La Vida es Sueño"—.

En este sueño suceden muchas cosas oscuras, inconexas, inexplicables, como lo que llamamos injusticia, pecado, ignorancia, maldad. He aquí el sueño de los sentidos, el engaño de los sentidos, como diría el viejo Parménides. Por de contado damos que nuestro hidalgo es hombre de muchos y prolongados sueños; su vida es un sueño, una calentura, un desvarío del que sólo sale en el último trance. Sus contactos con la realidad son de tipo impersonal, somático, o cuando más, biológicos. Lo del yelmo de Mam-

brino parece una excepción. Hay a la vista ciertos datos sensoriales, ciertas noticias venidas de fuera, constatadas a plena luz del día que acaban, con cierta verosimilitud, la intuición imaginativa. Tal es la razón de que se esfuerce en su propia convicción Don Quijote, diciendo que ahora no podrá llamarse a engaño por falta de noticias como en la aventura de los batanes en la que todo se debió a la oscuridad de la noche. El resultado es una mezcla de sueño y realidad; el yelmo no era tal, sino bacia, si bien sus resplandores lejanos parecían delatar el oro, y poca fantasía necesitaba quien sobreabundaba en ella para concluir que aquello era un objeto de oro: el famosísimo yelmo de Mambrino.

En la historia de los pueblos suelen aparecer los varios tipos del soñar, tal cual los hemos descrito. Hay pueblos soñadores, otros que del todo duermen y otros que viven en perpetua vigilia. Entre los primeros, unos sueñan a lo grande, a lo divino, otros sueñan como nuestro poeta caballero. De una manera general podemos decir que los pueblos hispánicos sueñan en sus mejores momentos a lo divino y con mucha frecuencia a lo poeta-caballero. Eso que se ha llamado qui jotismo, no es más, si bien se mira, que ese estilo trágico de vivir una doble vida, o una vida que no logra su objeto por trastocar los fundamentos reales dados en este mundo, merced a la contemplación anticipada del otro mundo, o siquiera, de otro mundo cuyas leyes burlan con frecuencia ese rigor que ciñe y aprieta con forzosidad inapelable toda carne, todo ente corruptible. Nuestra historia es la historia de esta conducta rara, de este peregrinar entre dos mundos: el real y el ideal, con los pies descalzos, sangrantes y la mirada transfigurada, y, a las veces, desorbitada. Más que historia, es metahistoria; pero no a la manera de una metafísica de lo temporal, sino como una mística de lo temporal en la que se abreva el espíritu, como don Quijote en la mística caballería, y se posesiona de un puñado de conceptos o formas ideales que actúan por su propia cuenta a manera de prejuicios sobre lo dado y percibido, tratando de ajustar el mundo a su terca formalidad.

El qui jotismo así entendido es una desviación del misticismo ortodoxo, ese que nos dispara hacia Dios derechamente sin por ello perder contacto con lo real, como lo observamos en nuestros grandes místicos; su desviación nace ahí donde pretende interpretar este mundo por meros conceptos ideales, olvidando o pretendiendo ignorar la realidad de lo que llamamos mundo, que es precisamente una mezcla de ser y no ser, un no ser que pasa y un ser que pugna dramáticamente por eternizarse en el corazón del hombre.

Don Quijote simboliza el desgano, la rebeldía de nuestro espíritu en cuanto pretende ir derechamente al ideal sin tocar, sin establecer contacto con lo real. Y todo ello por pereza, por falta de disciplina en la voluntad, por exceso de inspiración y poca sensibilidad. La verdadera mística hunde sus raíces en el duro suelo de la realidad material para sublimarla en el espíritu y hacerla florecer en rosas divinas. Pero el qui jotismo no sólo vive de espaldas a este mundo, sino que con frecuencia lo inmola a su capricho injustamente, como ocurre con las pobres e indefensas ovejas, con los inocentes encamisados y con la persona de Alonso Quijano el Bueno.

Bien podemos decir que ese tipo de qui jotismo, pregonado por algunos como medida salvadora, es la causa de la ignorancia en que por tantos siglos hemos vivido acerca de nuestro propio ser y valer, y por ello mismo, del atraso social y material que hoy por hoy nos abochorna y nos hace sentirnos con un complejo de inferioridad al lado de otros pueblos y de otras razas.

Es menester, pues, que Rocinante muestre sus bríos sin desmayar en el camino, al primer soplo de los molinos del tiempo; es necesario que nuestro ideal de vida se alimente en parte de los jugos de la tierra y se purifique en el lento gotear del sudor y de las lágrimas que brotan al contacto con las miserias de este mundo. Sólo así será posible reestablecer la visión cabal de las cosas y su valor, reencontrando por esta vía nuestro destino, nuestra misión y nuestra salvación, como pueblos y como individuos,

GLOSA XII

DESFILÉ DE VIDAS

CUANDO Cide Hamete Benengeli en su gravísima, altisonante, mínima, dulce e imaginaria historia nos presenta la trenzada cadena de los galeotes y el diálogo que cada uno sostiene con Don Quijote, en realidad nos ofrece un desfile de vidas palpitantes que se asoman al lector tras el ventanal en que nos sitúa la obra; y sin que nosotros podamos hablar o establecer contacto directo con ellos, nos queda la impresión de percibir el vaho ardoroso de sus bocas, la inquieta, maliciosa presencia de sus ojos, y la no menos instable corriente que fluye por el fondo abismal de sus almas.

El primero que nos sale al paso es el mozo de Piedrahita cuya edad apenas si llegaba a los veinticuatro; de él, de su vida, poco se nos alcanza, a no ser su desvergüenza en el relato de sus bellaquerías. Con todo, nos apena su irresponsabilidad, pues bien podía estar en otros menesteres honrados, viviendo tranquila y gozosamente su mocedad, que de suyo es edad grata y bien intencionada.

El segundo, callado y melancólico, es aquel que, al decir del primero, va por músico y cantor. Tampoco es de mucho interés esta vida a la que al parecer falta la frescura de la juventud, el atenuante que ponen los pocos años en el que empieza a descarriarse. Por lo visto ya había echado callos en el oficio de ladrón de animales, al que se había habituado mansamente, taimadamente, olvidándose de la justicia y sus rigores. De tal modo que el silencio con que aquí se nos presenta, más es vergüenza de cobarde que arrepentimiento de faltas, con lo que pasa ante nosotros por ladrón vulgar, sin categoría ni originalidad que

le pueda merecer una frase de aliento de nuestro caballero, ni menos, el respeto de sus cofrades, los cuales lo escarnecen, le maltratan y aniquilan y tienen en muy poco, porque confesó y no tuvo ánimo de decir nones.

Del tercero poco puede decirse. Se parece al primero, al que aventaja en desparpajo y bellaquería. Otra cosa nos parece el cuarto que se gana las simpatías de Don Quijote con su sólo presencia y del cual dice que por ser alcahuete limpio no merecía el ir a bogar en las galeras, sino a mandallas y a ser general dellas, a no mediar sus puntas y collar de hechicero.

Pero es lo cierto que tras esas blancas canas y rostro venerable se esconde un alma débil, una voluntad mansa, arrebañada, que se inclina al soplo de los vientos sin ofrecer la menor resistencia. Al decir que nunca pensó en que hacía mal con su oficio descubre la liviandad de su espíritu, que para el caso, es como una pluma, como una hoja seca. Estamos, pues, en presencia de un ejemplar de hombre en su plena decadencia física y moral para el que no hay ya redención posible, humanamente hablando. Lo de hechicero no es sino un aditamento, un refinamiento del oficio de corredor de cuerpos. En cuanto a las lágrimas, mal haríamos en no respetarlas; con todo, no son de aquellas que ablandan la ira de los jueces y predisponen al perdón; son lágrimas de agua pura, sin la sal amarga del verdadero arrepentimiento. Y poco o nada valen para el caso las condolidas frases de Don Quijote, que en estos achaques de ver y conocer los hombres en su entraña misma, siempre fué flaco y muy propenso a la conmiseración y al perdón indiscriminativo.

El que era muy grande hablador y muy gentil ladrón, que iba en pos del viejo llorón, nos resulta un Don Juan sin pluma, capa ni espada, pero con tantas burlas, Ineses y Comendadores como el otro, salvo la escena de su eterna condenación, si bien ya va en camino de lograrla dado su apego a los placeres y bienes mundanos. Se trata de un típico calavera con el que nada logra la justicia, los castigos, ni menos los consejos. En dos frases



define y compendia su propia vida él mismo: "Mozo soy: dure la vida, que con ella todo se alcanza". Don Juan dirá su "tan largo me lo fiáis", y los antiguos, con Ausonio, "Collige virgo rosas". Pero al menos, éste está bajo custodia y no llevará adelante sus siniestros designios, si bien el relato da cuenta posteriormente de que no sucedió así.

La postrera vida de galeote que desfila ante nuestros ojos es la de Ginesillo de Pasamonte, el cual había compuesto hasta un libro de su propia vida que en aquel punto aún estaba sin terminar por no haber finado la suya. Al decir del comisario, tenía él solo más delitos que todos los otros juntos, aun cuando a tales delitos llamaba verdades lindas y donosas escritas por sus propios pulgares. Y en verdad que aventajaba al de Tormes, pues no tuvo el Lazarillo la peregrina idea de escribir sus fechorías, quizá por falta de humor o por no juzgarlas dignas de ver la luz del sol. Pero el de Pasamonte dió en la traza de hacerlo, considerándose por ello desdichado, que no culpable, y agregando aquello de que siempre las desdichas persiguen al buen ingenio. A todo lo cual ya no hay nada que agregar para tener un modelo, si tal puede llamarse, del pícaro clásico. Hay perversión, contumacia; hay ingenio, y con él, conciencia de su ser goliardesco en cuanto puede servir de tema explotable para la novela del género. Se trata de una sublimación de lo bajo y bellaco en gracia de la donosura y del ingenio y en desgracia de toda la caterva de gente maleante que por aquel tiempo ya parecía adquirir importancia y prestancia en virtud del halo poético y novelesco con que lo habían ornado los más eximios escritores del siglo de oro.

Pero dejemos aquí a Ginesillo y apartémonos unos pasos más allá para entornar con una más liberal perspectiva el conjunto de estas vidas encadenadas.

Los galeotes están ahí hablando de sí mismos en medio de la llanura manchega y al hacerlo dan cuenta de lo que ahora son y hacia donde van. Sus vidas pasan, como lo decía antes, en doloroso desfile; dramático desfile de

almas con sus taras, sus penas, sus esperanzas. Nadie sabe nada de su pasado, apenas si hemos podido obtener unas cortas declaraciones. Los antecedentes que ignoramos nos impiden comprender ese presente que recoge la pluma de Cervantes en forma abstracta, recortada sobre el torso general de su vivir. Tan sólo sabemos que vienen y van; a su paso exhiben su propia vida ante la nuestra y ante la de Don Quijote unos breves instantes. Por eso es definitivo nuestro punto de vista para acercarnos a esas vidas que, al igual de tantas otras que se cruzan por nuestro camino, están ahí con igual significación que la mía o la tuya. Y el caso es que ya se van, que ya se alejan y se llevan consigo su propio mundo incógnito e intransferible. ¿Qué será de todos ellos; del más joven, del cuatrero, del bellaco, del alcahuete, del burlador, de Ginesillo, libertados ya por Don Quijote? El telón cae en este preciso instante y nos separa bruscamente de todos y cada uno de ellos. Se van, y nosotros también, porque nadie permanece en un mismo lugar y estado mientras aliente; con ese desfile de vidas se va también la nuestra. He aquí el misterio de toda vida, de nuestras propias vidas. Por eso encuentro que cierran maravillosamente estas reflexiones sobre el vivir y su destino, aquellas sabias palabras de Don Quijote: "Dios hay en el cielo, que no se descuida de castigar al malo, ni de premiar al bueno".

GLOSA XIII

EL SILENCIO DE SANCHO

VERDADERAMENTE es dura cosa verse sometido al silencio cuando bullen en el alma todas las inquietudes y temores de la vida. Sancho considera el silencio como un suplicio insoportable; por eso dice a su amo que "querer vuestra merced que vaya por estas soledades de día y de noche, y que no le hable cuando me diere gusto, es enterrarme en vida".

Por de pronto se me ocurre pensar, qué habría sido de Cervantes y de su libro inmortal si Don Quijote no hubiera levantado el entredicho que puso a la lengua de su escudero; a estas horas estaría nuestro héroe muerto en la memoria de los hombres, a no ser que, a imitación de quienes se han immortalizado monologando con su alma, hubiese completado su propia historia en un diálogo fingido por el lector. Pero con ello se habría perdido, no sólo la vida de su gracioso escudero, sino la vida misma de su obra que respira, se mueve y palpita merced a la doble unidad espiritual y humana de Don Quijote y Sancho, la cual se realiza al aire libre, en una atmósfera despejada en que se ventilan los pensamientos, se descubren los secretos del corazón, se lloran las penas y sufrimientos, se ríen los gracejos y bufonadas, las ocurrencias de uno y otro, y, sobre todo, se teje aquella azul reverberación caballeresca, idealizada y traspasada por el amor, la gloria y la fe. El silencio de Sancho equivaldría a la muerte literaria de Cervantes, muy a pesar de su *Galatea*, sus *Novelas Ejemplares* y su *Viaje Septentrional*. Creo que no se puede encarecer mejor la trascendencia del verbo san-

chesco, así diga su amo que tan sólo sabe ensartar necesidades.

Dejando aparte la función literaria de Sancho, veamos ahora el sentido que cobran aquellas palabras suyas de "que es recia cosa, y que no se puede llevar con paciencia, andar buscando aventuras toda la vida, y no hallar sino coces y manteamientos, ladrillazos y puñadas, y, con todo esto, nos hemos de coser la boca, *sin osar decir lo que el hombre tiene en su corazón*, como si fuera mudo".

Según mi parecer, la vida misma es aventura, con coces, manteamientos y puñadas, o sin ellas. Vivir es esperar, amar y creer, tres cosas inestables e inseguras si las hay; porque la esperanza es siempre una nubecilla que se balancea en el horizonte en perpetua integración y desintegración, según sean los vientos que soplan en torno; el amor vive, sea divino o humano, de la Voluntad de Dios o de la humana y por ello puede hablarse de la aventura de la Gracia y de la inestabilidad de nuestros corazones; la fe, aun siendo sólida y ardiente, puede perderse, bien por decepción o por engreimiento. Por donde se ve cuán bella y cierta es la comparación que se suele hacer de nuestra vida con un barco puesto en medio de la mar y expuesto al ir y venir de las olas, sujeto al rigor de los contrarios vientos; o el otro parangón con la rueda que llaman de la fortuna, que para donde menos se espera y arruina al mayor potentado de la tierra.

Pero si la vida es en sí aventura, hay algo más que eso; pues el hombre guarda en su corazón un no sé qué de extraño y consolador, que a las veces puede, no sólo darle alivio y reparar sus fuerzas perdidas, sino, lo que es más importante y decisivo, levantarlo, trascenderlo, salvarlo. La verdad habita en el interior del hombre, ha dicho el Doctor de la Gracia; por lo tanto hay que decir lo que el hombre guarda en su corazón, hay que manifestar al exterior eso que somos nosotros mismos, para que, en función del diálogo con nuestros semejantes, se precise y defina en toda su autenticidad candorosa y logre aquel

grado de perfección requerida para alcanzar la imagen del Dios que nos hizo y nos constituyó, según su verdad inmanente y eterna, al margen de toda posible aventura vital.

La voz de Sancho, es por eso la voz de la conciencia humana que en todo tiempo clama por hacerse oír, se rebela sin poderlo evitar, contra todos los entredichos interpuestos a su corazón para que ahogue ese grito incontenible que arranca de las entrañas de su mismidad. La verdad calla, pero grita con el grito de la paciencia, escribe Santa Catalina de Fiesca Adorna, y nadie puede jamás acallar este clamor, este eterno grito de libertad.

Aun las almas más sencillas, más puras y candorosas, pugnan por hacerse oír de sus semejantes. Y es que sin esa voz, el hombre no es hombre, ni el espíritu es espíritu, ni hay vida del alma, ni verbo, ni corazón. Sin ella no hay inteligencia posible entre los hombres, ni entre Dios y los hombres. La misma vida de Dios se extingue sin el Verbo, esa Persona de la Trinidad que declara al mundo lo que Dios es. Sin la Palabra el mundo no existiría, porque ella lo sacó de la nada al principio de los tiempos. Sí, la Palabra siempre: en el principio, en el hoy y en el fin. La palabra para el que es la Palabra, para el que no es la Palabra: para mí, para tí, para Don Quijote, para Sancho.

Bello don este de la palabra, esencia y sostén de la vida. Aun cuando sólo pudiésemos murmurar: Amor, Amor, como en el viejo romance; luz, luz, como Goethe; Dios Mío, Dios Mío, como Jesús, con todo podríamos decir y repetir con el Evangelista, que la palabra es la Vida y la vida la luz de los hombres.

Bien ha dicho Sancho a su amo que es enterrarse en vida estar condenado al silencio.

GLOSA XIV

LA AVENTURA DE LOS CUEROS DE VINO

NO sé cuántas personas habrán dicho antes de ahora con Calderón que el vivir sólo es soñar, aun cuando nuestros sentidos, y sobre todo, ese que llaman sentido común, y yo con él, sostengan ser real y muy despierto este mundo en que vivimos, llamado por ello con justa razón, mundo de los vivos. Pero lo cierto es que muchas veces nos acontecen tales cosas que nos dejan perplejos, sin saber qué hacer ni qué decir. Tales sucesos menudean en nuestras vidas y son, a despecho de nuestros centinelas internos, los hechos más decisivos, rotundos e importantes de nuestra vida. Vemos, tocamos, tenemos en la palma de la mano una realidad que nos llena de alegría los ojos del alma, porque de pronto ciframos en ella el colmo de nuestra dicha, y esa realidad de pronto se aniquila. Es como si nunca hubiese sido, aun cuando nuestra experiencia, no la de los sentidos sino la del alma, diga como Don Juan en el Cementerio, "Yo la ví y la toqué y aún en albricias le dí al escultor no sé qué". Así los oros, los arreboles de la tarde, las nubes que figuran palacios y seres fabulosos se deshacen con la brisa y la fuga de las horas.

Gigantes hay, pues, en este bajo mundo, que nos dan batalla y nos hurtan la felicidad. Nigromantes de luengas barbas que con ensalmos y redomas, no diré trastrucean el mundo ante nuestros ojos, sino, lo que es más grave, aniquilan la grandeza de la real y verdadera vida del alma. Su oficio es ruin, su arte diabólico; convierten a este mundo en el peor de los mundos posibles, haciendo que las sombras cobren corporeidad y con semblante ri-

sueño nos llenan de esperanzas e ilusiones, desapareciendo en el preciso instante en que creíamos llegada la hora de su posesión y disfrute, tal como en la leyenda se nos presenta al viejo Tántalo devorado por la sed y sin poder refrescarla con las murmurantes aguas que se deslizan a sus pies. El toque está en darles batalla, en vencerlos, aun cuando luego los sentidos se hagan lenguas, diciendo, como el pobre Sancho, que los gigantes son cueros horadados, y su negra sangre, vino tinto guardado en su vientre. Porque de abandonarnos a su arbitrio y voluntad corremos el riesgo de vivir soñando el bajo sueño de los sentidos inferiores, esos que quieren apagar los soles del alma, los arboles del amanecer, las estrellas divinas que nos guían en esta noche oscura del alma. Sojuzgando su poderío, aniquilando su hechizo, rescatamos la grandeza, la hermosura y el imperio de nuestra realeza espiritual, la cual se funda y sustenta en esas realidades que apenas si entrevemos en las escasas horas de felicidad que asoman en los balcones de nuestra vida. La verdadera realidad es esa que se nos va de las manos, esa que cubren con densas escamas nuestros bajos sentidos, esa que enturbian y ocultan los demonios o Merlines que hacen de los gigantes vulgares cueros de vino y que truecan las reinas ilustres en la particular doncella llamada Dorotea. Por eso, y sólo por eso, todos debemos ser quijotes, bravos caballeros o argonautas del ensueño, que vayamos en pos de nuestra ideal Micomicona hasta alcanzarla, como lo hizo nuestro señor, desoyendo las palabras de su escudero, quien pretendía convencerlo de lo que sus groseros ojos habían visto, y atendiendo tan sólo a aquellas otras de su protegida reina: "Quienquiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura, que yo me había mudado y trocado en mi ser, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí me soy hoy".

GLOSA XV

DISCURSO SOBRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

ESTOY cierto que a nadie se le ocurre pensar en las luchas y heroicidades de los que escriben. Se comenta a diario la hazaña de los que mueren a campo abierto de cara a las estrellas, cubiertos de sangre en los campos de batalla; se admira la intrepidez de los que saltan sobre enemigos poderosos para hacerles tragar la lección de la cordura a como haya lugar; se disparan salvas de mil cañones por los que henchidos de amor patrio coronan empresas dignas de perdurar en los mármoles del Pentélico o en las páginas de Homero, pero se olvida trágicamente la gloria, el galardón, los derechos a la fama de muchos héroes de recia talla cuya exaltación pide a gritos más justicia. Bien está el reconocimiento de lo grande, de lo sublime, que se anida en el corazón de los héroes de la guerra: las iras de Marte suelen embellecer los azules ojos de Minerva, la diosa que tercia en los combates al lado del peleida Aquileo, pero ha de haber justicia para todos y cada uno de los que libran el generoso combate de la cultura humana.

La espada gasta preeminencia sobre las letras; pero "materia es esta que hasta ahora está por averiguar, según son las razones que cada una de las partes alega"; Hoy por hoy han vuelto las armas a flamear sus luces sobre las buenas razones y los pensamientos elevados, a tal punto que "las leyes no se podrán sustentar sin ellas, porque con las armas se defienden las repúblicas, se conservan los reinos, se guardan las ciudades, se aseguran los

caminos" y finalmente, se sustentan los principios de humanidad, fundamento del orden y causa formal de la paz. Día vendrá en que el pensamiento señoree las sociedades constituyéndose en vínculo de los espíritus para elevarlos sobre los escombros de una edad que cifró todos sus afanes en la construcción de una infernal máquina puesta al servicio de los más bajos instintos de la especie. Entonces aparecerán héroes de nuevo cuño entre los cuales habrán de tener la primacía los héroes de la pluma, los Aquiles y Alejandro de la palabra. El verbo que remonta sus orígenes al principio de las cosas, el verbo que estaba al principio en Dios, que era Dios, y por el cual han sido hechas todas las cosas, vendrá a los hombres en su eterna aparusía para esparcir sus benéficos influjos redentores. Entonces serán puestos a la derecha los héroes de la pluma, los gestores de la vida en sus más altas manifestaciones. Y un nuevo mundo florecerá por todas partes, porque las cosas volverán a su centro, descansando la espada sobre el sepulcro de los héroes, en el altar donde se ofrenda el suave incienso de las oraciones eternas.

Pericles, Demóstenes, Marco Tulio, héroes del verbo antiguo, vuestras sombras despertarán con el clamor de las ágoras futuras. Virgilio, Dante, Petrarca, vuestra lira tejerá el himno de un mundo que se transfigurará al contacto de nuevas auroras. Esquilo, Sófocles, Eurípides, Lope, Calderón, el alma acude con sus pasiones y angustias a recoger el cetro de Talía para entregarlo al genio que descorra el telón al drama universal, que hastiado de odios y matanzas, quiere entronizar el viejo y eterno romanticismo del amor, centro y fin de todas las cosas.

Los héroes del verbo tienen su destino en la sociedad del futuro: un destino de angustia por el cual la palabra se hará de nuevo hombre, se encarnará en el hombre y convivirá con él en cada uno de sus actos. Habrán pasado las lenguas sin manos, las inteligencias sin corazón, los verbalistas de oficio que peroran toda una vida sin poder rematar el pensamiento en la acción, el verbo en la persona por la palabra viva del ejemplo, por

el lenguaje mímico del altruismo y del sacrificio, el más elocuente de todos los lenguajes y discursos.

Tal es la caída de las viejas retóricas que habrá de operarse tan pronto como el hombre supere la tragedia de la hora presente. Porque no hay, no puede haber más que una sola forma de decir: darse en la palabra, extravertirse en el verbo en cuerpo y alma, sustancialmente. Quien dice, da; y nada dice quien despliega los labios guardando en sus intimidades el tesoro de su personalidad. De aquí la angustia del que habla —pero en el lenguaje sublime, henchido de amor—, de aquí las ansias de alumbramiento del poeta, del filósofo, del escritor: es una llama que alumbra mientras se consume divinamente el óleo perfumado de su existencia.

Vivamos por el heroísmo ardiendo hasta el fin sobre este valle de escombros; encendamos nuestra luz para que al fin se alce de su postración este hombre multiforme, que hoy mata, pero que mañana habrá de vivir su propia plenitud en la luz que irradia de las sublimes alturas donde eternamente mora y crea el Verbo, la Palabra.

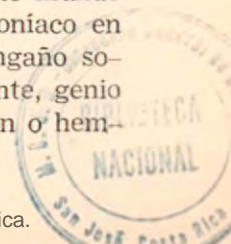
GLOSA XVI

LA DISCORDIA DEL CAMPO DE AGRAMANTE

Lo sucedido en la "venta", tal como se cuenta en el capítulo XLV nos hace meditar muy seriamente sobre la condición de las cosas humanas y el engaño que se cuele por entre los sentidos y el juicio de los hombres. Bien es cierto que todo obedece aquí a una pesada broma dada por aquel barbero de luengas barbas que no perdía oportunidad de poner a Don Quijote en el colmo de su desatino, y que la pendencia se suscita, en primer lugar, por el trastorno de nuestro héroe; pero, bien mirado, ¿qué diferencia hay entre esta lucha por la albarda y el yelmo, y las luchas y guerras que a diario se suscitan entre los hombres? Sin entrar ahora en el detalle de las llamadas riñas de comadres, que suelen presentarse por cosas baladíes, los hombres siempre han reñido, no sólo por cosas insignificantes, sino por meras apariencias de cosas, por sombras que se disipan al primer toque del aura. Raro caso este y tal que bien puede poner en admiración a toda una Universidad, por discreta que sea, como lo asevera el barbero burlado. Porque, ¿cómo comprender que los hombres no logren ponerse de acuerdo ni aún sobre las cosas que ven y tocan? Hay quien afirma que las cosas son, y quien, que no son; unos que lo blanco es negro, otros que lo negro es blanco. Todos opinan y sus opiniones reflejan ese estado de contradicción perpetua, de alucinación, de encantamiento. Aun los varones sabios, aquellos que hacen profesión del pensar hondo, radical, viven más de la negación que de la afirmación: se atreven a decir y a afirmar que ésta no es bacía, ni aquélla albarda. Y si esto ocurre a quienes deberían estar exentos de tales errores, ¿qué no ocurrirá

con el común de las gentes, con los que no profesan el noble ejercicio de la sabiduría, ya que la vida revierte sobre sus ojos tan intensamente que los ciega con su espuma salobre y sucia? Nadie logra ni logrará jamás poner acuerdo entre las inteligencias y las voluntades; la historia no es otra cosa, si bien se mira, que esta lucha por el acuerdo, este esfuerzo por dar forma de razón a lo que se nos presenta como caos, confusión espantosa, imperio arbitrario de las pasiones, locura y desenfreno.

Pero, ¿de dónde proviene esta locura?, tornamos a preguntar; ¿será cierto lo que la mente le representa a Don Quijote, a saber, que este mundo es algo así como un castillo encantado y que alguna legión de demonios debe habitar en él? La hipótesis no es por cierto nueva y ha sido enunciada con toda seriedad muchas veces y en distinta forma por sabios y discretos. La misma religión que profesamos nos enseña esta intervención diabólica que no es otra cosa que la sugestión del pecado, y todas las religiones admiten en principio tal hecho. La hipótesis del genio maligno tiene, pues, a su haber la aquiescencia universal y el testimonio de todas las religiones. Pero aún cuando ello no fuera así, ¿cómo no darse cuenta de la presencia e intervención del maligno enemigo si a cada paso se interpone entre nosotros y la realidad para desfigurarla o transfigurarla de mil modos y maneras? ¿Acaso ese poder de nuestra imaginación que llamamos fantasía no es capaz de alterarnos, de volvernos otros a nosotros mismos, presentándonos en todos los tonos y colores, actitudes, sentimientos, emociones, placeres, discursos y justificaciones, que por sí mismos bien podrían integrar un mundo capaz de llenar cumplidamente los requisitos indispensables de lo que a veces solemos llamar felicidad, prescindiendo de este otro mundo que llamamos real, aunque sólo sea por su dureza machacona, por su consistencia estorbosa e ineluctable? Y este mundo de la imaginación es precisamente el reino demoníaco en que el enemigo prepara sus filtros y opera el engaño sobre cada hombre, no importa sea sabio o ignorante, genio o ingenio, santo o criminal, joven o anciano, varón o hem-



bra, artista o filósofo, rey o mendigo; a todos sabe dar la pócima adecuada, la proporción suficiente para alterarle su mundo, sus sentidos, su razón, y ello en tal forma que jurarán no haberlos perdido, sino ser las cosas tales y cuales las ven. Así es el poder de la sugestión diabólica a la que no escapamos siquiera setenta veces, siete cada día, y esto el varón justo, como reza la sentencia bíblica, porque quien no lo es, más que hombre parece "estar hecho uva" como muy acertadamente dijo el cuadrillero de la venta, pues no hace más que caer y levantar, llamando al vino agua y al agua vino, cambiando constantemente sus amores y sus odios, conforme sus pies lo llevan vacilante tras las sombras que cruzan por su alma como un desfile de fantasmas con apariencias de bienes. Borrachos somos ciertamente, y tanto más, cuanto es mayor el deleite que vamos recibiendo, porque la razón es un sol que no puede brillar sino en un cielo despejado y sereno, y los vapores que ascienden de este bajo mundo del deleite enturbian la atmósfera del alma y ocultan la luz de la verdad.

—Mentis como bellaco villano— respondió Don Quijote a aquel cuadrillero del sentido común. He aquí el origen de todas las pependencias humanas. Damos un mentis a todo el que intente aseverar lo contrario de lo que vemos, oímos o tocamos en "nuestro mundo" embrujado, encantado o endemoniado; aporreamos la razón, el sentido común, a nombre de la verdad, de la justicia, del bien. Y esto lo hacemos cada día y a cada hora con nosotros y con nuestros vecinos, por lo que anda el mundo revuelto a más no poder, como aquella venta en la que el barbero aporreaba a Sancho; Sancho molía al barbero; allí se peleaba por la espada, aquí por el caballo, acullá por el águila, acá por el yelmo, y todos peleaban, de tal modo que toda aquella venta era un tumulto abigarrado de llantos, voces, gritos, confusiones, temores, sobresaltos, desgracias, cuchilladas, mojicones, palos, coces y efusión de sangre.

¿No os parece también a vosotros "que es gran bellaquería que tanta gente principal como aquí estamos se mate por causas tan livianas"?

GLOSA XVII

LA VISITA DEL CURA Y EL BARBERO

↓ A segunda parte del Quijote se inicia con una sabrosa plática, en la que intervienen, además de nuestro héroe, el cura y el barbero, quienes habían ido a visitarle para cerciorarse por sus propios ojos y oídos de la mejoría, que según parecer de su sobrina y de su ama, iba en aumento día con día, gracias al descanso y a los cuidados que se le prodigaban. El texto dice que le hallaron "sentado en la cama, vestida una almilla de bayeta verde, con un bonete colorado toledano; y estaba tan seco y amojamado, que no parecía sino hecho de carne momia". Posiblemente era la mañana y había en el aire buena luz y en el ámbito hogareño cierta alegría y buen humor, pues se nos agrega que los visitantes "Fueron dél muy bien recibidos, preguntáronle por su salud, y él dió cuenta de sí y de ella con mucho juicio y con muy elegantes palabras". Tal es el cuadro plácido y familiar que nos brinda Cervantes en este primer capítulo. Diríase una escena viva tomada de la misma realidad, en la que con tanta frecuencia solemos reunirnos los hombres para platicar al calor de la lumbre sobre temas muy similares. Aún más, los caracteres que aquí intervienen parecen representar la humanidad entera en la que la variedad de los tipos produce la variedad de la conversación, la riqueza de los temas y de los varios puntos de vista, así como el calor y el colorido de la misma. El cura representa la voz de la cordura, de la prudencia obtenida con las lecturas sabias y la larga experiencia del vivir; el barbero, al hombre corriente, al amigo con quien comunicamos negocios y proyectos, al vecino que a lo

largo de la vida viene a compenetrarse con nuestras cosas y a compartirlas, gracias al cariño familiar que le profesamos; pero es también el tipo burlador que por conocer de sobra nuestras flaquezas se permite la confianza de subrayar con el ridículo, la ironía y la sonrisa, nuestra candidez, o mejor, nuestras *extravagancias*, nuestras idas y venidas por esos extraños caminos que a nuestro parecer conducen fuera de lo acostumbrado, más allá de la aldehuela en que se pudre nuestra vida. Don Quijote es precisamente nuestro *extravagante Yo*, el yo de cada uno de nosotros, cuan magro, seco y amojamado se quiera, pero nuestro yo al fin, hablando al parecer con mucho juicio y con muy elegantes palabras, igual que en los sueños en que nos sentimos solidarios de nosotros mismos, recostados blandamente sobre las seguridades de nuestras propias convicciones y de nuestra inspiración. Cada uno de estos personajes habla de lo suyo, vale decir, de lo que es, de lo que siente y piensa, que en esto se diferencia la plática íntima, familiar, de la que tan sólo es cumplido exterior, cortesía o cortesanía, pues en ésta se habla de lo otro, de lo que no es lo nuestro, de lo que tampoco es ninguno de los que dialogan. El tema o los temas tratados en esta visita se presentan más o menos en desorden, que la libertad interior cuando se revela plenamente no se desenvuelve con el rigor de un discurso o de un sistema de razonar, sino con la fecunda naturalidad del espíritu que sopla donde quiere; constituyen el eterno tópico sobre el que eternamente se opina y se habla “enmendando este abuso y condenando aquél, reformando una costumbre y desterrando otra”, de tal modo que cada uno juzga ser su parecer el mejor, aun cuando no sea más que un somero “punto de vista”, descubierto desde la estrecha ojiva de su propio mirador. Por eso es que en el diálogo cada uno se sale con la suya, vale decir, con su limitada perspectiva personal: el cura, con los cánones, los sagrados libros y las letras humanas, el barbero con la experiencia y la vida, con las bromas y las veras, y Don Quijote... ¿quién no adivina a la legua con lo que habrá de salir? Pero aquí está el mal, que nadie se libra de pensar

y opinar según su leal saber y entender, y esta lealtad es lo que nos obliga a aceptar a pie juntillas que el límite está en el horizonte y no en la constitución de nuestros sentidos. Don Quijote dirá que su parecer “ni es imposible ni disparatado, sino el más fácil, el más justo y el más mañero y breve que pueda caber en pensamiento arbitrante alguno”; y nosotros razonamos o justificamos nuestra conducta de muy seniejante modo; por donde vemos cuán cerca de la locura suele andar esto que comúnmente llamamos parecer, opinión, punto de vista, si le damos beligerancia y le sustentamos, no sólo con el entendimiento —que a la postre suele secarse por amamantar tales hijos— sino con el corazón, lo que nos lleva en hora mala al extravío total de nuestro ser.

Pero la locura siempre se sale con la suya al reclamar indebidamente, con agresividad para sí sola la verdad y la razón. Por eso es que donde ella aparece o manifiesta su parecer, desaparece al mismo instante el diálogo, la conversación, el plácido juego de la inteligencia; pues convierte el diálogo en monólogo, en abstracción, en soliloquio, a las veces genial pero feroz, alimentándose del silencio del prójimo y de su propia sinrazón, por lo que acaba en el ridículo y la burla, como acabó aquella deliciosa conversación entre Don Quijote, el Cura y el Barbero, la cual prometía mejor suceso y no aquel despenarse desde la alta cumbre de la locura hasta el profundo abismo de la simplicidad.

GLOSA XVIII

RELIGION ES LA CABALLERIA

CADA hombre tiene su profesión, sea elevada, sea humilde. Cada hombre lleva adelante la empresa de su vivir mediante cierto ejercicio o actividad, que suele escoger de acuerdo con sus naturales inclinaciones, y un plan que previamente se propone a sí mismo según lo que pretenda ser. Puede decirse que en el fondo de toda profesión anida una vocación universal: la vocación del hombre. A este objeto se enderezan todos nuestros deseos, nuestras inclinaciones, nuestros actos de todo orden, sean espirituales o no, sean propios de una profesión o bien de nuestra vida ordinaria extraprofesional. Esta vocación universal está como espoleada por todos los ideales que el hombre ha ido forjando en el correr de las edades y mediante los que el individuo concreto se forja según sus peculiaridades individuales. Pero la profesión propiamente dicha es la que se encarga de realizar estos proyectos de vida, estos ideales, en la medida en que el ejercicio y las buenas disposiciones lo permitan. Profesar en la vida es luchar, mediante la vida misma y nuestras fuerzas, no contra un destino que esté ahí pertinaz e ineluctable, sino contra esto y aquello, contra lo que puede dejar de ser un obstáculo, una barrera. Las cosas ciertamente son muro de contención de nuestro vivir, pero también lo forjan, ya que sin ellas no podríamos desarrollar esas fuerzas, esas "virtudes" que nos completan y perfeccionan. Vivir es luchar, es militar contra toda clase de enemigos, de fuerzas opuestas a nuestra virtud; allí donde surge un obstáculo, un problema, hay, no sólo la oportunidad de protagonizarnos, de convertirnos en héroes de la vida, sino, lo que es primordial, de realizarnos con plenitud humana,

de hacernos a nosotros mismos con toda autenticidad. Este hacer es el aspecto fundamental de la profesión, y es un hacer que se realiza en cada hora, a cada instante, y no sólo al final de la lucha, en el instante supremo de nuestra apoteosis. Porque la felicidad está condicionada por nuestra propia naturaleza a nuestro vivir y sufre de las limitaciones históricas que a esta naturaleza corresponden; la felicidad llega a nuestra alma por sucesión y no permanece en ella, sino que pasa y se extingue aun cuando traiga consigo un acrecentamiento de nuestro ser. De manera que este realizarse en el acontecer sucesivo de nuestro diario vivir es lo que justifica el quehacer de nuestra profesión. Cuando ello no sucede, cuando no quedan gravitando en el fondo de nuestro torrente activo las pepitas del oro puro que acuña nuestra personalidad, se convierte la profesión en rutina, en monotonía, en una serie de actos sin sentido, sin vida propia, en un proceso ajeno a nosotros mismos, nublado por el hastío y la pena, en el que se cumple con todo su rigor la *condena* bíblica: ganarás el pan con el sudor de tu frente.

Pero hay más, hay que la profesión no sólo se encamina a esta vida sino que nos puede llevar adelante hasta la otra. Debemos actuar, trabajar, luchar, de tal modo que al realizarnos en el tiempo, en esta vida, nos granjeemos la vida perdurable. Al menos este es un deseo, una esperanza que surge por contraposición a todas las limitaciones que en este nuestro mundo llegan a imponérsenos como barreras impasables, como obstáculos superiores a nuestras fuerzas. Porque ciertamente luchamos como hombres y no como dioses; vivimos como mortales sujetos en todo a las leyes de la materia inherentes a nuestra parte material, razón por la cual no nos es dado alcanzar aquel desarrollo, aquella edad de la plenitud humana que corresponde a nuestro espíritu y que con justicia esperamos alcanzar algún día, sino en ésta, en la otra vida. De aquí el carácter *sacral* del oficio o profesión. La vida es una profesión de inmortalidad, pero no de esa inmortalidad que brinda la fama que eternizan los poetas "que los mortales desean como premios y parte de la

inmortalidad que sus famosos hechos merecen", pues que ésta no merece el verdadero nombre de tal, porque es caduca y está expuesta a los vaivenes de la tornadiza condición humana, sino a aquella otra que eternamente dura sin mengua ni sombra alguna, porque se afianza en el que es el principio de toda honra, de todo galardón, de toda vida y de toda plenitud. Por eso nos dice aquél que profesó el oficio benemérito de las armas, "que los cristianos, católicos y andantes caballeros más habemos de atender a la gloria de los siglos venideros, que es eterna en las regiones etéreas y celestes, que a la vanidad de la fama que en este presente y acabable siglo se alcanza: la cual fama, por mucho que dura, en fin se ha de acabar con el mismo mundo, que tiene su fin señalado".

Este carácter *sacral* del oficio está reconocido expresamente en el Quijote donde se afirma que "muchos son los caminos por donde lleva Dios a los suyos y que la caballería es religión capaz de llevar muchos caballeros santos a la gloria". Lo mismo puede repetirse a propósito de cualquier oficio. Todos los hombres son llamados a la felicidad y todos la buscan, aunque no por idénticos caminos. El saber militar está en dar con el camino más apropiado, con el método más indicado para obtener la victoria; y el saber vivir, o el vivir bien, está en el tino, en la prudencia para escoger nuestro oficio; y no hablo aquí de caballerías, porque nadie está excusado de ser caballero, pues desde que se nace se milita contra los siete vicios y pecados capitales. Queda así claro que todos podemos hacer de nuestra profesión, no una actividad mundana, una simple lucha por la existencia, sino algo muy noble y elevado, una verdadera religión. En esta verdadera religión el hombre va afianzando su vivir en algo que ya no es tan sólo un despliegue de energías personales por el bien personal, o aun, por el bien ajeno, sino en el ser que nos hace, en el ser que nos estimula a vivir, el ser que nos configura a su imagen y semejanza al doblegarnos a reconocer su divina voluntad. Podemos decir que sólo en nuestros *ministerios* se patentiza el misterio de la re-

ligión: en esta patentización nos convertimos en verdaderos oficiantes del misterio religioso al realizar en nosotros la imagen de Dios mediante la perseverancia y el acatamiento de la Providencia Divina, que hace de cada uno un colaborador efectivo en la magna obra de la creación y del perfeccionamiento universal. En definitiva, que esta religión del oficio es la expresión suprema de la vida humana, por cuanto ella actualiza el ser total del hombre dentro de la perspectiva infinita de Dios.

GLOSA XIX

¿QUÉ DICEN DE MÍ?

DE Cristo se cuenta en los Evangelios que en cierta oportunidad llamó aparte a sus discípulos y les interrogó así: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?”, con lo que pareció mostrar gran interés en saber la opinión del mundo sobre su persona, su vida y sus obras. Y no es que en ello viera una ratificación o consagración de su conducta, pues era Dios y estaba por encima de la opinión humana y de sus juicios, no requería de las palabras ni del aplauso de las multitudes para llevar adelante su obra; pero, sin embargo, le interesaba conocer la forma en que se le recibía, la idea que de El iban formando las gentes, el concepto que le merecían su doctrina y sus obras. A sus mismos discípulos les pide respondan a esta pregunta en forma perentoria “Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?”; con lo que aparece más claro ese deseo de conocer, de sondear la opinión ajena sobre la cuestión más palpitante y trascendental: “¿Quien decís que soy yo?” Dejando aparte la respuesta que tal pregunta suscita, respuesta que en puridad no es tal, sino auto-afirmación divina de la Trinidad por boca de Pedro, vengamos a tratar de la forma y significado que suele darse a esta misma pregunta entre los hombres y muy particularmente el significado que adquiere en boca de Don Quijote, símbolo y representante de todos los anhelos e inquietudes humanas.

En el Capítulo Segundo se cuenta que tan pronto como Sancho hubo terminado su coloquio con la sobrina y ama, Don Quijote se encerró con Sancho en su aposento donde, entre otras cosas, le hizo las siguientes preguntas:

Dime, Sancho amigo: “¿qué es lo que dicen de mí por ese lugar? ¿En qué opinión me tiene el vulgo, en qué los hidalgos y en qué los caballeros? ¿Qué dicen de mi valentía, qué de mis hazañas y qué de mi cortesía? ¿Qué se platica del asunto que he tomado de resucitar y volver al mundo la ya olvidada orden caballerisca?”

Don Quijote desea saber qué se dice por esos mundos de lo que él es o imagina ser. Hay un momento en la vida muy cercano a su madurez en que todo hombre consciente de su vivir, de su destino y misión, se detiene para mirar hacia atrás, y para mejor comprender el significado que da o ha dado a tales victorias y caídas; consulta la opinión de sus semejantes, de sus amigos íntimos a fin de que ellos le ilustren sobre tan importante cuestión con su parecer. Aun las personas más independientes y seguras de sí mismas hacen esta consulta, inquietan el juicio ajeno para afirmarse o desengañarse de lo que tienen por cierto y seguro. Por esto Don Quijote llama a Sancho, su confidente, para que le de un informe veraz, o como él mismo dice, “para que discreta y bienintencionadamente pongas en mis oídos la verdad de las cosas que supieres de lo que te he preguntado”.

Desde luego, todos esperamos que las palabras —el qué dirán— correspondan a lo que se es, a los hechos. La gloria en el fondo no es otra cosa que la buena fama y ésta un simple reconocimiento dado por la opinión pública a las grandes hazañas del pensamiento o de la acción. Pero no siempre ocurre tal cosa, pues o se nos escarnece por grandes —donde quiera que está la virtud en eminente grado es perseguida— o se nos vitupera por locos y truhanes. La cuestión está en no amilanarse ante la crítica adversa por injusta, en no desvanecerse sobre las coronas y lauros, en no sucumbir ante la dura verdad, porque como muy sabiamente dice Don Quijote, “si a los oídos de los príncipes llegase la verdad desnuda, sin los vestidos de la lisonja, otros siglos correrían, otras edades serían tenidas por más de hierro que la nuestra”.



Como quiera que sea, hemos de contar con la opinión ajena, hemos de saber qué dicen los hombres de nosotros, qué opinan, no sólo de nuestra conducta, que para esto basta con la propia conciencia, sino ante todo, del asunto, del lema o mote con que nos echamos a correr la gran aventura de la vida. Hemos de saber en qué forma se juzga nuestro propio ideal de vida, nuestra empresa, la figura que le vamos dando a nuestro vivir, no para dotarla de originalidad, pues la originalidad no se fabrica voluntaria y conscientemente, sino que adviene impensadamente en el fluir de los hechos, de las realizaciones, sino para darle sentido, para justificarlo, y, sobre todo, para salvarlo, ya que vivir es, ante todo, una empresa de salvación personal, una conquista de la vida en cuanto vida, quiero decir, vida pura perdurable, inmortal. Del decir ajeno ciertamente no se sigue nuestra propia afirmación con relación necesaria de causa a efecto, pero indirectamente nos sirve para orientarnos, descubriendo en ella, bien nuestra propia presencia, como la sombra denuncia a los cuerpos por vía de contraste, bien nuestra ausencia, nuestro vacío sustancial, la nonada de nuestro vivir. Este descubrimiento es fundamental, pues nadie que haya llegado a esta altura del vivir querrá seguir adelante sin la certidumbre de ir por el buen camino, pues los días están contados, las fuerzas pronto empezarán a decaer y no será posible volver atrás o empezar nuevamente con el mismo horizonte de posibilidades.

Tomada cuenta debida del decir ajeno, del juicio de los hombres, y afirmados o confirmados en nuestro ideal de vida, reparando o evitando en lo posible nuestros pasados yerros, debemos lanzarnos de nuevo a la gran palestra del mundo en busca de nuevas aventuras donde conquistar gloria y fama perdurables. Pecado sería dejar trunca la ya comenzada empresa de nuestra vida por dar pábulo a las voces del pueblo, de la aldea o del ama y sobrina; ello equivaldría a un suicidio espiritual, a la muerte de nuestro buen nombre, al acabamiento de nuestra persona y significación terrenal, a la negación cobarde de

nuestro ser, de su destino y misión. Pero también sería gran pecado cerrar los oídos a las voces del mundo por donde a las veces suelen venirnos una renovada inspiración y aliento para rematar nuestra vida en los grandes hechos que aplaude la historia y celebran los pueblos llenos de admiración y júbilo, como ocurrió al simpar caballero inmortalizado por la pluma del sabio moro Cide Hamete Benenjeli.

GLOSA XX

DE LA MELANCOLIA

PENSAMIENTOS hay que no lo son, y otros, por serlo tanto, dan al traste con nuestras alegrías. Donde no hay pensamiento hay bobería, ausencia de vida, de viveza, como suele decirse en el lenguaje corriente. La viveza es un reflejo, un chispazo interior que ilumina el semblante del hombre cuando éste usa su inteligencia para fines inmediatos. El pensamiento es el pensar sin intermitencias, puesto al servicio de fines que podríamos llamar lejanos o últimos. Entre uno y otro podemos colocar el pensamiento, o los pensamientos de Don Quijote, que según las ocasiones participa de ambos, y las más de las veces difiere, sobre todo cuando da en considerar “la mala burla que le habian hecho los encantadores volviendo a su señora Dulcinea en la mala figura de la aldeana”. Sus pensamientos se le van, se le escapan tras de una sola idea; y no lo puede remediar, no puede hacerlos tornar a su centro, pues ellos, al contrario de Rocinante, no reconocen frenos, no toleran ni escuchan razones. Escapan, no sólo de la mente del hidalgo manchego, sino de su mundo —el mundo de la razón— donde podrían tener sentido y significación. Son pensamientos sueltos, pegasos indómitos que vuelan a impulsos de su inspiración por otros mundos, quizá más amplios y divinos, pero mundos vedados, mundos ajenos, o enajenados, donde se pierden a sí mismos; a tal punto que al sentirse solos entre gente extraña, empiezan por hacer mohines, como niños abandonados, y luego rompen a correr, a correr sin rumbo fijo, perdiéndose o despeñándose cada vez más en su carrera. Así lo encuentra su escudero cuando trata de des-

pertarlo, de sacarlo de su embelesamiento: —“Señor, le dice, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado, se vuelven bestias: vuesa merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas a Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes”.

Tener pensamientos desabridos, pensamientos indómitos, insubordinados, tal es la enfermedad de Don Quijote. Porque si bien es cierto que su locura empieza en aquellas prolongadas vigiliass de que se nos habla en los umbrales de la obra, ella no es la que al cabo habrá de llevarle a la sepultura, pues el héroe se siente y vive feliz, al menos durante toda la Primera Parte, envuelto en el torbellino de sus hazañas, encuentros y aventuras. Ya en esta Segunda Parte, se torna melancólico, retraído, sin que vuelva a resonar aquella risa franca, valiente, con que afronta el corrimiento que le proporciona la aventura de los batanes. Ahora ríe, pero como quien se sorprende de su propio reír, y esto en muy contadas ocasiones. Ha empezado, pues, el momento de la decadencia, del desengaño, que se hará plenamente patente en su lecho de muerte. Ahora empieza a darse cuenta de que hay algo en su vida que fatalmente le lleva a la desgracia, que sus sueños caballerescos chocan rudamente con el mundo —con esta edad de hierro— y que son tantos y tan poderosos sus enemigos que su brazo parece débil para vencerles, aun cuando el temple de su alma permanezca encendido en los fuegos del más subido heroísmo. Por eso dice a Sancho: “Mira hasta dónde se extiende su malicia y la ojeriza que me tienen, pues me han querido privar del contento que pudiera darme ver en su ser a mi señora”, agregando luego, con un tono de amargura que baña su semblante con los destellos casi divinos del martirio: “En efecto, yo nací para ejemplo de desdichados, y para ser blanco y terreno donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna”.

En nuestro vivir también suele aparecer la tristeza, la melancolía, como un estado de ánimo que se produce cuando una fuerza mayor se interpone entre nuestro querer y su objeto; puede ser sinónimo de desencanto o desengaño, y como tal, es ciencia, y a las veces, el estado de ánimo propio del hombre sabio. Es el saber mismo, el conocer la vida en su mismidad: vivir es para el sabio desvivirse, sufrir la poda o caída de las flores del alma, es desasirse de todo aquello que constituye la fronda densa de nuestras ilusiones. Por eso la frente del filósofo se recata en una suave penumbra que le da una mayor gravedad a trueque de restarle la plenitud radiante del mediodía. Y el que no es sabio, el común de los mortales pasa su vida entre alternativas de dicha y de pena, de placer y dolor, extremos ambos que van dando la tónica fundamental al mezclarse, y tan pronto como asoma nuestra madurez esa tónica se trueca en un estado perpetuo de melancolía. Precisamente la madurez se caracteriza por el pleno dominio de la razón sobre la afectividad, por la aparición de la gravedad, aun en sus formas más externas, que viene a sustituir la risa feliz y despreocupada del adolescente. Con la razón, viene la melancolía, y al correr de los años suele agriarse, como los buenos vinos, a causa de un desequilibrio en las proporciones que lo integran, bien sea por exceso de razón o por defecto de poesía. Cuando esta poesía domina sobre la razón, el ala potente que la mueve sublimiza la melancolía y aparece risueña la imagen de Dios reflejándose en el corazón del hombre; cuando prevalece la frialdad glacial de la razón se entumescen las alas del alma, deja de palpitar el corazón y asoma la mueca irónica del escepticismo, filtro amarguísimo que anticipa las penas del mismo infierno. El toque está en navegar con acierto por el mar insondable del vivir, en poner la proa hacia las cumbres del último cielo, y batir, batir la mar espesa y alta con brio, con ademán ascético, como quien reconoce la inestabilidad del elemento que le sustenta y la profundidad hambrienta de naufragios que se esconde bajo la espuma. Pero mientras se navega no hay reposo, no hay verdadera paz: un estado perpetuo de vigilia nos mantiene alertados, en cons-

tante espera de lo porvenir, rumiando si acaso los recuerdos de las horas pasadas en los verdes predios del ayer, "tan pisados como pasados", como diría Critilo a su amigo, mirando atrás desde el otoño de la varonil edad la primavera de la niñez y el estío de la juventud.

Don Quijote está en lo cierto; no hemos nacido para el disfrute de la vida, sino para vivir convertidos en blanco y terreno donde tomen la mira y asiesten las flechas de la mala fortuna, y para contradicción de nosotros mismos, pues hay algo muy dentro de nosotros que afirma y niega a la vez; un constante absurdo o paradoja que se renueva y se destruye a sí mismo en cada instante. Es el devenir, la dialéctica vital que nos encadena, que nos ata a la vida y nos lleva a todas partes cual despojo de nuestras propias batallas interiores. De esta dialéctica vital proviene la melancolía, esa flor solitaria que exhala un ligerísimo aroma de esperanza, pero que crece entre espinas, al borde de los escombrosos senderos del vivir. Ella sola es la flor que no sonríe ni se alegra con las auras matinales, sino que sigue el curso del sol, como la enamorada que suspira por una sola mirada del amado, sin alcanzarla jamás. Tal es el signo y el destino de la melancolía, celeste verdad del mundo.

LA AVENTURA DEL CABALLERO DEL BOSQUE

POR lo que hace a la aventura del Caballero del Bosque, tocamos materia muy delicada y compleja, difícil de poner en las manos y de mostrar a los ojos tal cual es, sin engaños ni embelecocos, pues en ella se engarza un hilo muy tenue que, con ser la clave de este laberinto, muy pronto se oculta a nuestras miradas, cerrando el paso a nuestra natural curiosidad; este hilo es la lógica de la vida, o mejor, el sentido de la vida dado en sí misma. Porque una cosa es el sentido que nosotros le atribuimos, la explicación que le damos y otra muy distinta es el sentido que ella se da a sí misma, la razón de ser de toda esta trama impenetrable en que ella viene desenvolviéndose. En cuanto al sentido que nosotros le atribuimos, debemos confesar, con entera sumisión a la verdad, que no es más que una muy grande suposición en la que recortamos, como en frío y en abstracto, los posibles planos de lo real y las aguas inquietas de este inmenso océano de la vida, para poder luego ordenar las cosas con cierto tino y elegancia a fin de que en ellos quepa todo, sin roces ni mal gusto, poniendo cada cosa en el sitio que previamente les asignamos, con lo que logramos poner orden en la casa, movernos luego por ella con cierta presteza y desembarazo, y lo que es más urgente, ordenar nuestra vida de conformidad con este planeamiento a fin de que nuestro hacer no caiga en el vacío ni se pierda en los mil recodos de este laberinto.

Pero la vida, o mejor, la realidad, es muy otra de como la entendemos o pretendemos ver; ciertamente tiene sentido, es decir, no es contradictoria, pero vista de cerca, a la luz de la limitada perspectiva humana, se nos muestra como algo inasible en su totalidad, e incomprensible de suyo por lo que respecta a la lógica de los acontecimientos que nos ocurren en nuestro vivir. La cuestión adquiere proporciones terribles cuando la miramos, ya no en su perspectiva abstracta e intelectual, como problema puro del conocimiento, sino cuando se nos presenta como vivencia, como experiencia inmediata, como drama vivo del cual somos verdaderos protagonistas. Porque es entonces cuando podemos medir todo el alcance que tiene, tanto en el sentido de su amplitud como en el de su profundidad. Ahí donde las palabras mueren, donde nuestro logos cae, donde nuestro entendimiento tiembla sin abrigo en el páramo yermo del universo, ahí es donde precisamente nos sentimos como niños a pesar de toda la vocinglería de las escuelas, de los filósofos y de los sabios. La vida, la realidad desborda cualquier intento explicativo y nos deja perplejos, confundidos con nuestro saber. Y esta es la gran tragedia del vivir, el poro misterioso por donde se cueja el dolor en la existencia, la base del enigma impenetrable del bien y del mal.

Allí está precisamente la durísima experiencia del bachiller Sansón Carrasco, que es como decir, del hombre engreído en su saber, del intelectual que profesa la ciencia sin más, la razón, la lógica humana, el pensamiento en cuanto es planificación de la realidad, ordenamiento de medios a fines. Ha hecho, por voto común de todos y parecer particular suyo, un plan concreto para reducir su amigo a una vida de sosiego en su pueblo y casa, donde poco a poco olvidase sus locuras caballerescas. El plan era claro e indubitable y Carrasco estaba seguro de su resultado. Pero he aquí que al ponerle en práctica, al pasar de su caletre a su espada, lo que era claro se torna oscuro, lo que era indubitable se torna contradictorio, irónico, casi absurdo. Bastó un detalle, el miedo de Sancho a las

desaforadas narices de Tomé Cecial, para que con su caída se viniera abajo toda aquella fábrica o artificio con la que quería poner punto final a las locuras de Don Quijote.

Pasado el aturdimiento de esta caída, Tomé Cecial, hombre de seso, de sentido común, filosofa con amargura: —“Por cierto, señor Sansón Carrasco, que tenemos nuestro merecido: con facilidad se piensa y se acomete una empresa, pero con dificultad las más veces se sale della. Don Quijote loco, nosotros cuerdos, él se va sano y riendo, vuesa merced queda molido y triste”.

17 ¿Las dificultades de Sansón Carrasco, las ironías de su vivir, son acaso lógicas? Sí y no, decimos nosotros, un poco más avisados sobre el modo de ser de las cosas. Son lógicas para el que cuenta con la realidad y se subordina a ella; no lo son si hacemos prevalecer nuestro sentir, nuestro pensar contra la realidad. Las cosas que se dan en nuestra vida, así como nuestro ser mismo, por ser reales, actúan de acuerdo con su naturaleza, con ese fondo primordial que los alimenta en el ser y les da la vida. Su primordialidad es también el primer orden, la primera razón y la suma autoridad que respeta la vida; donde tal orden no se cumple, desaparece la vida, se extingue el ser. Por eso la vida de nuestra libertad, es vida en cuanto respeta a la vida misma, al orden fundamental del universo, en cuanto acate la suma razón y autoridad de lo primordial. Donde no, no sólo no hay libertad, sino que ni siquiera hay razón; y nótese que libertad sin razón es sinrazón, violencia.

Contar con las cosas es, contar con lo primordial, con ese fondo permanente de referencias ante el cual y por el cual cobran sentido las llamadas ironías de la vida. No contar con las cosas es atenerse sobre todo y en todo a los modos estrechos, abstractos, limitados de nuestro pensar, al dictado o autoridad de nuestra razón erigido como único orden y suprema autoridad de nuestro vivir. El caso de Carrasco bachiller, ejemplariza el fracaso de cuantos nos engreímos con la razón y damos por hecho lo que tan sólo

está planeado, proyectado en el vacío. Don Quijote triunfa de Carrasco, y con él, la lógica profunda, misteriosa de la vida, representada en Dios, su señora y su brazo, triunfa del cálculo puramente lógico, exclusivamente racional.

“Sepamos, pues, ahora: ¿cuál es más loco: el que lo es por no poder menos, o el que lo es por su voluntad?”

GLOSA XXII

LA SUSPENSIÓN DEL CABALLERO
DEL VERDE GABAN

ESTE Don Diego está en los cincuenta años; es hombre acomodado en cuanto a los bienes y a la vida; el verde de su atuendo esmalta su figura, la reviste de nobleza y distinción. Sus palabras son comedidas, discretas y llanas, su vivir apacible, sobrio y muy cristiano por la confianza que dice ha depositado en la misericordia infinita de Dios. Diríase un trasunto de aquellos caballeros toledanos que exornan a manera de friso el Entierro del Conde de Orgaz, la obra famosa del Greco en la que tan de mano maestra captó el alma de un pueblo noble y creyente en los mejores días de su gran siglo. Monta Don Diego una muy hermosa yegua tordilla y se acerca a Don Quijote, admirándose de su apostura y rostro. Don Quijote trata de sacarle de su estado de admiración diciéndole, que él es Don Quijote de la Mancha, por otro nombre llamado el Caballero de la Triste Figura. Pero el de lo verde responde que después de oírle decir quién es queda aún más suspenso y maravillado pues no se puede persuadir “que haya hoy en la tierra quien favorezca viudas, ampare doncellas, honre casadas, ni socorra huérfanos, y ni lo creyera si en vuestra merced no lo hubiera visto con mis ojos”.

Este estado de ánimo del caballero del verde gabán que empieza por ser mera curiosidad y termina por verdadera admiración, representa la suspensión que produce lo desusado, lo extraordinario, a quien quiera que transite los caminos de la vida. Porque lo que siempre está ahí llega a identificarse en cierto modo con nosotros mismos,

olvidándolo fácilmente por su inmediatez rigurosa, por su presencia obvia; otra cosa ocurre con lo desusado, con lo extraordinario, que tan sólo aparece muy de tarde en tarde. Lo extraordinario, lo nunca visto, puede referirse tanto a su simple aparición material, tal ocurre con ciertos fenómenos celestes y ciertos cambios de la naturaleza, como a la manifestación de hechos de orden estrictamente espiritual: así la revelación de un genio, de un artista, de un héroe, de un santo. Topar por ahí con Juan el hermano de Pedro, conversar con el hijo del vecino es cosa que no despierta mayor curiosidad; ver salir el sol cada día y la luna durante la noche es lo corriente; trabajar, dormir, vivir y aun morir, todo ello es algo que nos pasa, que sucede, que ocurre siempre. Pero oír las voces de un genio, mirar las obras de un gran artista, conocer los hechos sublimes de un héroe o de un santo no son cosas que ocurren, que suceden, que pasan cada día. La aparición de tales seres, que son como la flor y el perfume quintaesenciado de la humanidad, es todo un acontecimiento extraordinario, algo tan desusado que a primera vista parece increíble y entre más se les conoce más se les admira, pues apenas si es posible comprender que haya tales seres, ni que sean capaces de realizar tan grandes obras.

Por eso, para comprender debidamente la suspensión del caballero cervantino hay que ver lo desusado del héroe que tiene ante sus ojos, y más aún, lo extraordinario de las obras que trata de llevar a cabo ¿Qué diríamos, qué haríamos, cuál no sería nuestra admiración y asombro si de pronto, ahí en medio del camino de nuestra vida, topáramos con alguno de estos seres privilegiados? Indudablemente nuestro asombro no tendría límite y estaríamos como abobados sin acertar a hacernos cargo de la situación, no pudiendo comprender la magnitud del hallazgo, ni la realidad de tanta grandeza, y no lo creeríamos si no lo tuviésemos ante nuestros ojos.

Que haya hoy en la tierra quienes sean capaces de realizar tales obras es lo que más nos pone a dudar sobre la presunta existencia de tales quijotes. Porque

acostumbrados como estamos a no ver en este bajo mundo más que mercaderes, vulgo y masas de hombres entregados a la satisfacción de sus instintos egoístas, bastardeados sus sentimientos y plegadas las alas de sus ideales, no podemos creer sin más en la existencia de los ideales puros, en el desinterés de algunas almas, ni menos en la existencia de hombres que hagan profesión de quijotes, vale decir, de apóstoles de la espada, de santos del ideal. En otros siglos mejores para la vida del espíritu era cosa frecuente el espectáculo de la santidad hablando cara a cara con Dios, departiendo con los ángeles, y predicando a las bestezuelas de los montes. Tiempos eran aquellos en que la santidad caminaba del brazo de la sabiduría y aun del heroísmo, y los pueblos solían guiarse por el noble caudillo que encarnaba tales virtudes, sintiéndose seguros, confiados en el poder de tales hombres. Pero hoy el poder está en manos de los audaces, de los aventureros, de los demagogos, de gente que marcha al ritmo del rebaño haciéndose acompañar de dulces sonos con los cuales adormecen sus almas y engañan a los pueblos, prometiéndoles toda clase de golosinas para saciar sus apetitos, entretanto van apagando una a una las luminarias del cielo para sumirlos en la negra noche de los sentidos inferiores. Y la multitud postrada, embrutecida, no espera nada, porque no cree en nada: todo lo demanda a gritos, con gestos descompuestos, violentos, como las fieras hambrientas del circo romano. ¿Cómo, pues, vamos a creer que de entre esa negra masa de hombres pueda brotar la flor de la santidad, el caballero del ideal, el artista o el genio? ¿Cómo comprender que existan en este siglo de hórrido materialismo almas capaces de dedicarse por entero a la práctica del amor, de la justicia, de la verdad, de la belleza...? ¡Oh, no, esto es imposible, absurdo, locura!

¡Locura! De nuevo viene a nosotros esta palabra encantada, mágica, sublime. Locura llama el mundo a los más nobles atributos de la naturaleza humana, cada vez que en su estado de embriaguez topa con los héroes, con las almas grandes. ¡Locura!, decimos nosotros, acobarda-

dos por el peso de nuestros bajos instintos que claman desde la sombra, arrojando espuma y baba bestial por sus cinco fauces, cuando sopla por las cumbres del alma el aura divina de lo grande, de lo eterno.

Y esta es toda la verdad de nuestro asombro, de nuestra suspensión, cada vez que oímos el trote de Rocinante, y vemos pasar, envuelto en su atenuada flaqueza, la silueta noble y majestuosa del Caballero de la Triste Figura, que se recorta contra el fondo denso y prieto de este siglo en busca de nuevas y nunca oídas aventuras.

GLOSA XXIII

EL CABALLERO DE LOS LEONES

AL tratar de esta aventura se ofrecen al pensamiento muchas reflexiones, cada una de las cuales bien valen una glosa, pero lo que más suspende es el esfuerzo y el ánimo que en ella puso Don Quijote, ya que la cosa no era para reír, sino para huir y muy aprisa, que dos leones sueltos y en la mitad del campo son los mayores y más peligrosos enemigos que puedan darse. Aquello sí fué aventura, y gran ventura su final; allí sí hubo valor y temerario arrojo y gloria y honra para quien fué y será gloria y honra de los españoles caballeros; aquella sí fué gran empresa en cuya comparación “habían sido tortas y pan pintado, al decir de Sancho, la de los molinos de viento y la temerosa de los batanes, y finalmente, todas las hazañas que había acometido en todo el discurso de su vida”. Bien en su lugar están, por cierto, las palabras del cronista árabe cuando exclama: “Tus mismos hechos sean los que te alaben, valeroso manchego; que yo los dejo aquí en su punto, por faltarme palabras con qué encarecerlos”. Y los hechos fueron tales que en verdad rayan tan alto en punto a valor que si no son locura bien cerca de ella están, porque Cervantes dice que “hasta aquí llegó el extremo de su jamás vista locura” y Don Diego de Miranda: “¿qué mayor temeridad y disparate que querer pelear por fuerza con leones?”, El mismo Don Quijote le da la razón con otras tales: —“¿Quién duda, señor Don Diego de Miranda, que vuesa merced no me tenga en su opinión por un hombre disparatado y loco?, y no sería mucho que así fuese, porque mis obras no pueden dar testimonio de otra cosa”. Pero, entre estas locuras parece entreverse cierto

fundamento que justifica y aclara la conducta del ahora Caballero de los Leones, no desde el punto de vista del prudente Don Diego, sino desde el que invoca Don Quijote para negar su locura: —“en esto de acometer aventuras, créame vuesa merced, señor don Diego, que antes se ha de perder por carta de más que de menos, porque mejor suena en las orejas de los que lo oyen “el tal caballero es temerario y atrevido” que no “el tal caballero es tímido y cobarde”—. Eso de estar siempre por carta de más y no por carta de menos, es lo que da a esta locura sus proporciones sublimes, vale decir, su justificación ideal, y lo que hace de nuestro Don Quijote el símbolo de un pueblo y de una época.

Muchas veces me he puesto a pensar en aquellos siglos temerarios y atrevidos a los cuales cupo la gloria de tener tantos quijotes, tantos caballeros sin tacha, capaces todos de luchar solos, no ya con las más temidas fieras del corazón de la selva africana, sino con el infiel otomano enardecido por el fanatismo, con el océano sin límites cercado de abismos ignotos, sin riberas, con las selvas y los ríos, con el hambre, la sed y el agotamiento; en fin, con todos los males y los enemigos juntos, y cuanto más lo pondero más crece en mí la admiración y el fervor por aquel ideal de fe ardiente y divina. Sí, la fe, he ahí el secreto del quijotismo y de las más grandes empresas de la humanidad. Don Quijote encomendándose a su Dios y a su dama representa a la humanidad henchida de poderío y armada con el mismo brazo de Dios, cual otro Sansón, para destruir de un tajo todas las fuerzas del mal; y sus obras están ahí eternizadas en la historia y no morirán porque en ellas latía el espíritu de Dios capaz de crear nuevos mundos al solo imperio de su voz. Cristo había dicho que con la fe podemos transportar montañas, y ello confirmó la voluntad de los mártires, de los héroes, de los descubridores y colonizadores, en una palabra, la voluntad de todo un pueblo ganoso de inmortalidad, de eterna gloria y fama, como lo proclama Don Quijote en el discurso que dirige a Don Diego para responder de su locura. Eso que

hoy llamamos hispanidad, es en su más secreta entraña, fe viva, ardiente; voluntad puesta al servicio de Dios; energía, amor que quema y purifica cuanto toca, porque es aliento de vida y redención en el más alto sentido de la palabra.

Pero, ¡cuánta mudanza va de ayer a hoy! A la fe sustituye la ciencia, al heroísmo el deber, al deseo de inmortalidad y de gloria, la utilidad, el vil provecho, y en vez de esa energía divina que corre por el brazo heroico, en lugar de aquella cólera sagrada, la técnica, el cálculo racional, el poder material y la confianza sin límites en el poder del hombre, sin ninguna referencia a lo divino, a lo sobrenatural. De aquí que todas nuestras obras sean caducas y marcadas con el sello de lo temporal; trabajamos como Simón, el hijo del trueno, lanzando las redes en la oscuridad, durante una larga noche de duelos y quebrantos, sin tener un ideal verdadero y salvador a cuya lumbre echar nuestras redes para una pesca milagrosa. En vano laboramos día con día y minuto con minuto, por mejorar la vida, por traer mejores horas a este mundo acongojado. La razón nos confunde, las fuerzas nos faltan, el aliento se extingue y la ciencia está a punto de hundirnos bajo el peso abrumador de la materia, esa materia que por su propia esencia y destino es enemiga del espíritu y de Dios, hasta tanto no se bañe en los efluvios regeneradores de la Cruz.

Si, es necesaria la fe, y no cualquiera, sino la fe en Cristo, en su bondad, en su poder, en su sabiduría. Porque el hombre de suyo es menesteroso y no puede ir muy lejos en sus obras sin un auxilio de lo alto. Cercado está por todas partes de enemigos, erizados todos sus caminos de obstáculos insalvables; su misma naturaleza es enfermiza, débil e inconstante para poder fiar en ella; el hombre es la medida, el límite de sus deseos, él es su primer obstáculo y su primer enemigo; dentro de su yo se da la primer batalla contra su propia felicidad. Es menester, pues, confiar en algo, apoyarse en algo distinto de nosotros mismos para poder vivir.

Nuestra salvación, la salvación de nuestras vidas, el éxito de esta aventura grandiosa depende necesariamente de ese algo, de ese objeto de nuestra fe en el cual nos apoyamos y del cual esperamos la victoria final. Creer es, ante todo, disponer de una ayuda ilimitada, de energías operantes, sustentándonos, alimentándonos en la comunión, en la religación mística con lo divino, gracias a la cual en cada hora estamos prestos para entrar en batalla con energías renovadas, a la manera de los antiguos dioses de que nos habla Homero. La fe es, pues, más que un acto de sumisión y acatamiento, un incentivo para la lucha, una energía sobrehumana que no se agota, mediante la cual nos es dado superar nuestras propias barreras constitutivas, nuestras limitaciones carnales y los valladares del mundo en torno.

Hoy esas murallas, esos obstáculos nos parecen mayores que lo fueran en otros siglos; pero quizá lo que ocurre es que nuestra fe se ha extinguido, pareciéndonos el mundo y nuestra propia miseria mayores de lo que realmente son. Nuestro ánimo se ha empequeñecido, nuestra voluntad es mostrenca, nuestra humanidad un vano clamor sin sustancia ni finalidad. Sin embargo, hay que confesar con franqueza que este nuestro mundo de hoy tiene perspectivas muy sombrías; por eso es urgente que los hombres vuelvan a encontrar la fe perdida, que retornen a las eternas fuentes de luz donde se abrevaran otrora los espíritus con el vino azul de las virtudes teologales. Don Quijote, como siempre, nos da en esto una altísima lección de caballería, cual es la de que "antes se ha de perder por carta de más que por carta de menos"...; Echemos, pues, nuestra carta de más en nuestras vidas, en el nombre de Dios y de nuestra dama.

